

EL REINO DE LA NOCHE  
LIBRO II

EL  
FILO  
DE LA  
ESPADA

A decorative flourish consisting of a horizontal line with symmetrical, leaf-like scrollwork extending downwards from the center.

PABLO CARNICERO  
DE LA CÁMARA

**EL FILO DE LA ESPADA**

**PABLO CARNICERO DE LA  
CÁMARA**

© Pablo Carnicero de la Cámara.

Extracto gratuito de la novela.

Revisión ortotipográfica:

Neftalí Lamolda (@neftali.bookstagrammer)

Revisión general: David López.

Puedes conseguir más información en mi web: [Pablo Carnicero Escritor](#)

Encuentra todas mis novelas en Amazon: [NOVELAS PABLO CARNICERO](#)

**Todos los derechos reservados.** Está prohibida la distribución y la reproducción total y parcial de la obra sin el expreso consentimiento del autor.

## INTRODUCCIÓN

El libro que tienes en tus manos es la continuación de *Inmortal*, el arranque de la saga de fantasía *El Reino de la Noche*, publicada entre el 2012 y el 2015. Esta saga consta de cuatro títulos: *Inmortal*, *El Filo de la Espada*, *Tiempos Aciagos* y *Sangre Inmortal*. Como habrás podido comprobar si has leído *Inmortal*, conjugo la historia medieval con una fantasía oscura y cargada de intriga. Describo localizaciones y acontecimientos históricos y me he empeñado en ofrecerte una visión lo más fiel posible de todo ello. Este no es un libro de historia, por supuesto, aunque el transcurso de la Cuarta Cruzada sea narrado en sus páginas, o las calles de Constantinopla sean descritas en ella. Me he esmerado en pulir todos los detalles históricos de la narración para proporcionar una sensación de fidelidad lo más exacta posible, pero es evidente que lo que vas a leer es una novela de fantasía.

*El Reino de la Noche* es un mundo de intrigas constantes, y para ayudar al lector a comprender mejor los acontecimientos narrados en la novela, he añadido un anexo al final de la obra. Aquí podrás consultar las familias de vampiros, los personajes que aparecen en la novela y un glosario de términos y lugares importantes. Te aconsejo que lo consultes si tienes alguna duda.

Como he indicado al principio de estas líneas, *Inmortal* es el primer libro de la saga y aconsejo al lector que lo lea antes de zambullirse en esta novela, ya que se tratan términos, acontecimientos y personajes ya descritos anteriormente. Es un libro corto que te servirá como introducción perfecta para *El Reino de la Noche*.

# PRÓLOGO

*Cárcel de Goznur, treinta kilómetros al norte de Constantinopla.*

*Mayo de 1190 anno Domini.*

El tañido de una campana despertó a Herion. Las tinieblas de la noche lo envolvían en su celda fría, pero la luna le iluminó el rostro a hurtadillas ofreciendo su resplandor para reconfortarlo. Recostado en un rincón, escondió la cabeza entre los brazos para rechazar la luz y cerró los ojos sin intención de dormir. Una rata correteó en la oscuridad ante la indiferencia del prisionero, quien movió levemente una pierna y todo el cuerpo se le estremeció entumecido. La sangre le había dejado de manar del rostro y de las múltiples heridas que le cubrían el cuerpo.

La puerta de la celda se abrió con un crujido. Alguien entró y colocó una pequeña antorcha en la pared.

—Buenas noches, Herion —dijo el desconocido—. Tenéis un aspecto deplorable.

La celda se cerró con un nuevo crujido. El prisionero alzó el rostro y con una mano se protegió de la luz nocturna. Tras unos largos instantes se incorporó dolorosamente. Era alto, de largos cabellos sucios y enmarañados, barba frondosa y torso amplio y robusto como el de un toro griego.

—No deseo hablar con Dios —protestó.

El sacerdote tomó asiento en un taburete y abrió un libro pequeño de cuero.

—¿No deseáis poner en paz vuestra alma?

—No —gruñó Herion.

—¿No os arrepentís de las muertes que habéis ocasionado? —exclamó el clérigo. Alzó una mano pálida y huesuda—. Dios no os perdonará. Os aguarda la horca, de nuevo.

—Espero que en esta ocasión las cadenas sean más robustas —añadió Herion con una sonrisa velada en el rostro entumecido. El sacerdote se levantó enfurecido.

—Habéis sido condenado a muerte por innumerables crímenes durante demasiados años. ¡No habéis respetado la vida humana!

—He matado a criminales y forajidos —interrumpió el reo con voz orgullosa. Tensó las cadenas que le aprisionaban las manos y se recostó en el rincón más oscuro de la celda.

—¿Y qué me decís de la docena de guardias que habéis asesinado esta mañana?

—Las cadenas cedieron. Nunca esperéis que me entregue a la horca como un cordero manso. Lucharé por mi vida con todas mis fuerzas.

—¡Y a fe mía que luchasteis! Extendisteis el pánico entre la muchedumbre.

—Fue un buen combate —susurró Herion orgulloso.

Los ojos le brillaban en la oscuridad como brasas incandescentes.

—Me divertí —prosiguió.

—Tu diversión terminará con la salida del sol.

—Eso espero, aunque creo que no será así. No todavía.

El sacerdote tomó asiento de nuevo en el taburete.

—¿Tenéis familia? —dijo con voz calmada.

La luz de los ojos se le apagó en el rostro de Herion durante un instante.

—La tuve —musitó.

El clérigo sonrió maliciosamente.

—¿Y qué fue de ella? ¿Tuvisteis mujer e hijos?

—Hace demasiados años que ella murió. Nunca tuvimos hijos.

—¿Cuándo falleció? —El sacerdote parecía disfrutar con el sufrimiento de Herion, un resquicio en la muralla que había formado el preso y quería aprovechar.

—Hace tiempo. Ya no mantengo la cuenta de los años que pasan, no merece la pena. Sin ella la vida no tiene sentido.

Herion se incorporó y contempló la luna más allá de los barrotes de la celda.

—¿Vivíais cerca? —inquirió el sacerdote—. No os recuerdo por estas tierras, aunque sois griego.

Herion sintió cómo el corazón se le encogía de pena. Desvió la mirada triste y agachó la cabeza.

—¿Tu familia muerta? ¿Sin herederos? ¿Sin fortuna?

Cada pregunta parecía una saeta que se le clavaba en el corazón. Herion aspiró el aire viciado de la celda. Las tinieblas se extendían alrededor del sacerdote, quien parecía que deseara hurgar en el interior de su cerebro sin éxito.

—No deseo confesarme, por lo que puedes marcharte —contestó Herion con voz dura.

—No me iré hasta que no respondas a todas mis preguntas —replicó el confesor mientras se alisaba pliegues de su sotana lentamente—. ¿Dónde vivíais antes de ser apresado en estas tierras?

Herion comenzó a removerse con impaciencia, sacudiendo las cadenas como un león enfurecido dentro de una jaula. Los ojos se le encendieron de nuevo.

—No te importa —escupió por fin.

—El destino de las almas de mi rebaño es de mi incumbencia. ¿Cómo murió tu mujer? Tuvo que ser a causa de alguna horrible enfermedad, sois demasiado joven, aunque nunca sabemos el destino que Nuestro Señor nos tiene reservado.

Herion se acercó al clérigo.

—¡Vete! —ordenó.

El sacerdote se incorporó asustado ante la mirada amenazadora de Herion, mas observó las cadenas y suspiró aliviado. Tenía la obligación de indagar en el pasado del prisionero y no podía marcharse si no obtenía información relevante. Temía la ira de su señor mucho más que la de Herion.

—Tu mujer pereció y por ello encuentras placer violando y matando —dijo el sacerdote con renovado ánimo.

Herion sonrió.

—Yo no violo a las mujeres. Y todos a los que he matado los deberíais haber ajusticiado vosotros; eran criminales.

—Como lo eres tú —gritó el sacerdote. Alzó la mano y señaló la ventana antes de exclamar—: ¡El alba te verá mecerte en la horca y arderás en el infierno!

Herion ignoró al sacerdote.

—Pero si confiesas, encontrarás un consuelo y el perdón de tus pecados. Podrás descansar junto a tu mujer. ¿Es lo que deseas?

Y entonces el preso se giró y se encaró al sacerdote con el gesto furioso:

—Mi mujer murió en la época de Arcadio, cuando las invasiones bárbaras arrasaron Boecia. Hace tanto tiempo que ni recuerdo su nombre, aunque lloro su pérdida cada noche. Pero tú vas a conocerla esta noche...

El grito del sacerdote atrajo a los guardias, aunque nada pudieron hacer cuando llegaron a la celda y descubrieron el cuerpo quebrado en el suelo cubierto de suciedad. Se aproximaron asombrados, y entonces Herion atacó como un león acorralado. Los gritos de dolor recorrieron la prisión como un poderoso trueno retumbante.

*Frontera septentrional del Imperio Bizantino.*

*Mayo de 1190 A.D.*

De nuevo solo. Una constante en su existencia. Una rodilla le falló y cayó de bruces al suelo carmesí, demasiado exhausto para luchar por mantener el equilibrio sobre un suelo resbaladizo a causa de la sangre allí derramada. Tras apretar los dientes con determinación, logró incorporarse con lentitud, aunque la mirada se le nubló ligeramente y el mundo comenzó a girar a su alrededor de manera confusa.

El sonido metálico de la retirada del enemigo no lo reconfortó, ya que era consciente de que volverían pronto, y entonces él sería el único en recibirlos. El sol lucía

orgulloso en el cielo iluminando el paso de las montañas con destellos ocres. La sangre manaba por el suelo como un funesto arroyo. Retrocedió lentamente para apoyarse en la pared de la montaña. Sentía el sabor ferroso de la sangre en los labios. Se despojó del yelmo tratando de buscar una nueva bocanada de aire y los pulmones se le estremecieron lacerados. Era el final.

Hace muchos años, en los albores de sus recuerdos, había vivido una situación parecida. Fue largo tiempo atrás, en su adorada patria miles de kilómetros al norte. Cayó protegiendo su poblado y despertó en una fosa común, junto a los rostros deformados de sus amigos y vecinos. Descubrió de una manera cruel y despiadada que él era un ser diferente a sus familiares mortales. Pero habían pasado demasiados años para recordar con nitidez aquel horrible sufrimiento. Cerró los ojos y se frotó los párpados. ¿Cuántos años había servido en la Guardia Varega, después de huir de su patria? Había contado varias vidas de humanos, siempre adoptando nuevas identidades cuando su eterna juventud comenzaba a levantar sospechas entre sus más allegados. Y entonces comenzaba de nuevo, solo, sin nadie a su lado.

Como siempre, la soledad era su compañera. Abrió los ojos y contempló apenado la alfombra de cadáveres sobre el suelo de piedra. En aquel paso olvidado, él escribía de nuevo las últimas líneas de una historia épica. Como los trescientos de Leónidas, ellos habían resistido durante días los embates de los enemigos bárbaros del norte. Pero sus fuerzas se habían extinguido y el final era irremediable.

Recordó a su antiguo amigo Harald. Habían recorrido Europa juntos, formando una pequeña guardia de mercenarios leal y feroz. También los hermosos ojos de la emperatriz Alejandra cuando los reclutó para la Guardia Varega, logrando grandes hazañas al frente de los ejércitos de Bizancio. Pero la fama, el poder y las riquezas nunca fueron suficientes para su amigo y hermano. Cayeron en desgracia cuando fueron descubiertos apoderándose de un botín que pertenecía al emperador. Lograron escapar y Harald decidió volver a su patria y reclamar sus derechos al trono, ya que era el hijo menor de uno de los grandes *jarls*. Él, Lanson, prefirió continuar combatiendo para el emperador bajo otra identidad y lejos de la capital, en la frontera del norte. Así había logrado ascender hasta el puesto de *strategos*, capitán de la guarnición que protegía una de las fronteras más peligrosas del imperio. Pero sus tropas yacían inertes sobre las duras rocas de las montañas y él, de nuevo, se encontraba solo. Hoy debía comenzar una vez más.

Pasaron los minutos y recobró las fuerzas. Trató de recomponerse la armadura destrozada, se ajustó el yelmo y apretó con fuerza las armas. La mano diestra sostenía su gran hacha de doble filo, símbolo del poder de su pueblo; la siniestra alzaba una hermosa espada manchada por la sangre de sus enemigos. Avanzó lentamente hacia la entrada del paso y se detuvo desafiante. Escuchó los pasos metálicos de una nueva avanzadilla. Más de una docena de hombres, en filas de dos, ascendían por el sendero sinuoso. El nórdico respiró profundamente y lanzó un grito: grave, ronco y poderoso como el bramido de un cuerno de batalla. Sintió una furia irresistible que se le extendía por el interior; un fuego colérico que le insuflaba energías renovadas a los miembros agotados. Y cuando la mirada se le convirtió en un resplandor lacerante, se arrojó hacia el interior del paso en pos de su destino. Los gritos del combate resonaron en las paredes de las montañas y estremecieron sus cimientos. La hora había llegado.

*Cárcel de Goznur, treinta kilómetros al norte de Constantinopla.  
Mayo de 1190 A.D.*

La noche ofreció una gélida bienvenida al fugitivo. Alzó la mirada, feroz como la de un lobo hambriento, y buscó más guardias en el patio. Dos figuras se movían en la oscuridad hacia él. Con las manos libres de las cadenas, se precipitó hacia ellos y los derribó golpeándolos con el puño como si de un martillo de herrero se tratara. El silencio de la muerte se alzaba siniestro tras él para ocultar su ira y locura. Ni siquiera los presos cautivos en la cárcel se atrevieron a festejar la siniestra matanza que se había ejecutado entre los muros mugrientos, porque un demonio surgido del Infierno había azotado el lugar. Temieron que fijase su atención en ellos y se acurrucaron asustados en los rincones más oscuros de sus celdas, conteniendo el aliento y elevando oraciones a sus dioses. ¿Acaso era un ángel vengador?

Herion abrió la puerta principal y se alejó de la prisión a través de la espesura. Se detuvo a los pies de una suave colina para recuperar el aliento. Tras observar sus manos manchadas de sangre, alzó el rostro hacia la luna, que lo saludaba jubilosa. Pero la sonrisa se le borró de inmediato: la sombra de un jinete y su corcel se recortaban en lo alto de la colina, como una extraña visión nocturna. Sintió que la figura tenía clavada en él la mirada. El jinete descendió y Herion se aproximó hacia él a la carrera, con los rescoldos de furia abrasándole todavía el corazón.

La luna iluminó al jinete. Bajo una hermosa capa de terciopelo, le brilló un símbolo extraño en el pecho, como una estrella plateada en forma de ave. Herion no se detuvo y lanzó un puñetazo poderoso al rostro del extraño, pero trastabilló al no encontrar oposición. Se giró y descubrió a su rival situado a su espalda.

Lanzó un nuevo puñetazo, pero una mano enguantada detuvo en seco el impacto. Herion pudo ver el rostro del desconocido: de mirada fiera y adusta, con una larga cabellera, le mantenía aferrada la mano como un lazo de acero. El desconocido sonrió y con un gruñido propinó una patada brutal en el pecho de Herion, quien cayó proyectado varios metros atrás. Tras incorporarse con rapidez, se enfrentó al extraño una vez más. Alzó la mano, pero una nueva patada le golpeó de nuevo el pecho y lo lanzó rodando hasta la base de la colina. La luna despidió a Herion mientras perdía el conocimiento a merced de su enemigo y la furia de su corazón se calmaba lentamente.

# Capítulo primero

*Torre de la Muerte, Constantinopla.*

*Mayo 1190 A.D.*

—Abre la puerta, Trocero.

El extraño se descubrió el rostro al trasponer los grandes portalones de la fortaleza. El interior del recinto se alborotó jubiloso. Diez años después, Ruy González de Ayala había regresado. Vestía una larga capa de terciopelo sobre su hermosa armadura con el emblema de su orden tejido en la sobrevesta. Era un hombre corpulento, de mirada profunda, cabello largo y barba corta. Sostenía con una mano las bridas de un corcel auxiliar que marchaba tras él con dos enormes fardos en su lomo: dos cuerpos inconscientes. Trocero era un hombre moreno y mucho más corpulento que Ruy. Tenía una mirada grave y fiera, rostro poblado de barba y cabello corto. Ambos, viejos amigos, se saludaron efusivamente. Luis Álvarez de Montemayor, señor de la torre de la Muerte, aguardaba en el salón principal de la torre, así que Ruy se dirigió hacia allí presuroso. Trocero ordenó a los sirvientes que condujeran a las habitaciones de la primera planta a los dos inconscientes *invitados* de Ruy.

La torre lucía hermosa en todo su esplendor, con casi una centena de hombres en su interior, convirtiéndola en un baluarte inexpugnable. Una docena de desconocidos combatía con espadas de madera, envueltos en un murmullo de gritos de esfuerzo, sufrimiento y dolor. Ruy dejó atrás el estrépito del campo de entrenamiento para acceder al interior de la torre. El lugar era sobrio y austero, muy al gusto del recién llegado, y una vez en el salón principal Don Luis se aproximó sonriente. Era más alto que Trocero, de complexión corpulenta y de tez clara. Sus facciones eran afiladas y hermosas. Ambos se abrazaron con júbilo durante un breve instante antes de dirigirse hacia la mesa principal de la estancia.

—Mi corazón se alegra al ver la recuperación de la orden —dijo Ruy mientras recibía una copa de vino de manos de Luis—. ¡El trabajo realizado es soberbio!

El sol comenzaba a descender lentamente en el horizonte y arrojó una leve sombra sobre el rostro de su interlocutor, quien aceptó halagado el elogio.

—Trocero, Jacques y los demás han demostrado ser dignos de confianza durante estos años. Y don Carlos ha ejercido como un líder juicioso.

—Lo predije en dos ocasiones —replicó complacido Ruy. Se aproximó a un sillón y tomó asiento.

—¿Quiénes son los dos hombres que has apresado?

—Inmortales descarriados. Los encontré en el camino de vuelta a Constantinopla. A uno de ellos lo hallé dentro de una enorme tumba, junto a los restos del destacamento fronterizo que dirigía. Al otro me lo encontré huyendo de la prisión de Goznur.

—Es una muy buena noticia en estos tiempos de escasez —dijo Luis—. Has llegado en el momento preciso, Ruy. Teodosio vendrá esta noche a la torre. Tenemos que discutir las consecuencias de una excursión que realicé hace varias lunas. Le he encargado que investigue algunas pistas y esta noche me expondrá los resultados de sus indagaciones.

—Espero que no sean preocupantes.

—Pues yo espero lo contrario —repuso el castellano mientras se frotaba el rostro con las manos. Había cambiado el tono de voz y se mostraba serio y preocupado.

—Cuéntame qué ocurrió.

Luis Álvarez de Montemayor se recostó en un viejo sillón y alejó la mirada más allá de la ventana.

—En el norte del reino de Egipto, cerca de las estribaciones septentrionales de las colinas que rodean al Nilo, encontré el acceso a una serie de túneles desconocidos para mí. Me había guiado hasta la zona un extraño presentimiento, una sospecha que necesitaba aclarar. Encontré un antiguo símbolo, cuatro trazos paralelos como la huella de unas garras animales, en la entrada del túnel principal. Tomé una antorcha y entré en el laberinto.

Luis permaneció unos segundos en silencio. Prosiguió sin apartar la mirada del atardecer:

—A medida que me adentraba en la cueva, sentía que una presencia maligna habitaba allí. A cada paso descubría que las sombras revoloteaban a mi alrededor, como siniestros remolinos de oscuridad reptante. El túnel se estremecía bajo mis pies y sentía una extraña respiración que lo envolvía todo. Entré en una cavidad más amplia y pude encontrar en las paredes frescos pintados, imágenes que reconocí como antiguos seres que habían habitado el mundo antiguo hace demasiados años. Pude distinguir las figuras de Caín y Abel enfrentados a Mefisto, con sus poderosos cuernos. Cuando traté de entrar en una de las bocas de la cueva, una pared de un material viscoso se alzó ante mí. Retrocedí y una corriente gélida apagó la luz de mi antorcha. No encontré dificultad en acostumbrar los ojos a la oscuridad, como bien sabes, y cuando logré descifrar las tinieblas que me envolvían, me encontré con la presencia de un ser que se alzaba frente a la salida de la cueva. Grité en sumerio, y la criatura me habló.

—¿En sumerio? —exclamó Ruy sorprendido.

Luis afirmó con la cabeza y continuó:

—El ser me prohibió el paso a la cripta. Reconocí en sus formas a Jashid, uno de los demonios protectores ancestrales, superviviente de la edad antigua. Ataqué con todas mis fuerzas, pero el demonio era demasiado poderoso y me repelió con facilidad. El combate fue muy breve. Caí inconsciente y desperté a varios kilómetros de la cueva, como si me hubiera sumergido en un sueño letárgico. Logré regresar a Constantinopla y relaté mi historia a Teodosio.

—¿Quién ha podido convocar a Jashid para proteger la cueva? —preguntó pensativo Ruy—. Invocar a un demonio tan poderoso es un acto que requiere un poder muy elevado.

—Sin duda que lo que protege es de extrema importancia —replicó Luis—, pero el demonio respetó mi vida. Reconoció mi estirpe y se conformó con expulsarme de la cueva. Todavía recuerda lo poderosos que podemos ser guiados por la venganza. La noche comienza a extenderse, no tardaremos en gozar de la compañía de Teodosio y podremos despejar nuestras dudas.

Ruy se borró la preocupación del rostro y sonrió. Luis descubrió nuevas cicatrices en aquel viejo rostro, aunque mantenía la misma mirada enigmática y melancólica.

—Pero antes cenemos. ¡Hablabamos de otros asuntos menos lúgubres! —afirmó.

Luis y Trocero habían convertido la torre de la Muerte en una de las construcciones más importantes de Constantinopla, a excepción de los edificios imperiales. Habilitada como base de instrucción militar, habían adquirido los solares limítrofes construyendo una pequeña red de barracones y almacenes donde se alojaban los reclutas. Ruy sonrió complacido al comprobar que habían cumplido con creces una de las últimas tareas que les había encomendado antes de partir, diez años atrás, transformando la vieja torre en un centro de reclutamiento y adiestramiento para el Ejército Imperial.

Aquel lugar, además, ofrecía la oportunidad de instruir a los inmortales que acudían hasta allí con la necesidad de comprender los extraños poderes que los dioses les habían otorgado, comunicando a través de pasadizos secretos con la ciudadela de Petrión, donde habían establecido el cuartel general de la Orden del Fénix.

Luis condujo a Ruy al salón comedor.

En el sótano habían habilitado una de las estancias como comedor principal y allí compartían idénticos alimentos reclutas e instructores. Ruy declinó ocupar el asiento principal, ocupado habitualmente por Luis.

—Deseo permanecer lo más inadvertido posible —afirmó mientras tomaba asiento junto a su viejo compañero.

Los criados comenzaron a servir la cena y Ruy escancié más vino en su copa.

—Estoy orgulloso de vuestro trabajo —afirmó sonriente.

—Cumplimos con nuestra obligación lo mejor que podemos. Aquí, en la torre, acogemos a los hijos menores de los nobles que desean ingresar en las órdenes militares. Los adiestramos según las viejas normas, y aquellos que ofrecen habilidades fuera de lo común son reclutados para la orden.

—Como siempre ha sido —añadió Ruy. Bebió de la copa y observó a los reclutas—: ¿Qué nuevas hay de los Defectori?

—Ruy, has permanecido demasiados años en tierras lejanas. ¿No te han llegado noticias de *Bellum Umbrae*?

Ruy frunció el ceño.

—La Guerra de las Sombras... —musitó pensativo.

—Los Defectori lograron huir de Constantinopla. Sus doctrinas se expandieron como una plaga virulenta a lo largo de todos los territorios conocidos, incendiando numerosas villas. La Orden del Fénix ha conseguido mantener una paz relativa gracias a los esfuerzos conjuntos de los vampiros, licántropos y magos leales al Equilibrio. Cuando la amenaza surge en cualquiera de nuestros territorios, recibimos la alerta y enviamos un destacamento para erradicar el mal. Hasta el momento hemos acudido con éxito a todas las misiones de auxilio, pero con cada luna recibimos más llamadas. Cuando descubrí la tumba, en Egipto, habíamos acudido a una llamada del sultán de El Cairo.

—En estos tiempos extraños, la orden es más necesaria que nunca. Lamento haber desaparecido durante tantos años, amigos míos —afirmó Ruy con preocupación.

La cena transcurrió plácida y Ruy relató las aventuras que le habían ocupado en el reino de Kiev. Diez años en los que había seguido el rastro de Viktoria con la esperanza oculta de encontrar el cuerpo en el que pudiera regenerarse, pero la desgracia lo arrojó una y otra vez contra innumerables peligros y enemigos implacables. Trabó amistad con el patriarca de Kiev, Vlad Establesi, y combatió contra criaturas surgidas desde los mismísimos abismos del Infierno.

Había descubierto nuevos territorios y adquirido nuevos conocimientos, pero jamás halló el rastro de Viktoria. Luis no lograba adivinar la importancia que podría tener encontrar a aquella dryada, una hechicera inmortal pagana. Ruy había obrado al margen de la orden durante los últimos doscientos años, pero su aventura en la última década era imposible de comprender por nadie. Concluyeron la cena y se dirigieron al salón principal mientras Ruy proseguía con su relato:

—Es una tierra hermosa, pero más dura y salvaje que nuestra amada Castilla. Los inviernos son largos y crueles; los estíos, suaves y cortos. El sol luce sin fuerza durante meses enteros para cubrirse en una noche perpetua, donde las criaturas de las sombras extienden sus redes de forma impune. Son tierras peligrosas, amigo mío.

Llegaron a la estancia y Teodosio se encontraba sentado frente a la chimenea apagada. Vestía una larga túnica oscura, similar a una sotana, y una fina máscara de lino le ocultaba el rostro deforme. Se arrodilló ante Ruy cuando este entró en la estancia.

—Mi gratitud, y la de mi familia, será eterna con vos. Os debemos nuestra existencia —dijo el vampiro con voz emocionada—. ¿A quién debo saludar, mi señor? ¿Acaso sois el misterioso Joseph Fouso, mago, alquimista y sabio? ¿O el poderoso Urabi de Ukesh? O quizá el humilde Ruy González de Ayala, súbdito castellano. Os advierto que desde hace una década estos tres nombres se mencionan con respeto y temor en los rincones de nuestra ciudad.

—A los tres a la vez, según donde me encuentre —replicó Ruy sonriente.

—La familia de Teodosio obra una labor vital —afirmó Luis—. Han tejido una vasta red de espionaje que nos mantiene alerta ante nuestros enemigos. Son nuestros más valiosos aliados.

Ruy ayudó al vampiro a incorporarse y sonrió.

—Nuestra gratitud es recíproca, buen Teodosio.

—Mis señores, me abrumáis con vuestras consideraciones. Pero debemos hablar de asuntos más procelosos, ya que el resultado de mis pesquisas es angustioso...

El vampiro titubeó.

—Ruy conoce todos los pormenores del asunto que nos concierne —informó Luis—. Podéis hablar con libertad.

Teodosio se dejó caer sobre uno de los sillones del salón. Ruy se sirvió una copa de vino y bebió silencioso mientras escuchaba las palabras del vampiro:

—Alarmado por vuestra descripción, me dirigí a los más sabios de mi familia, más allá de estos muros. Investigué el origen del símbolo extraño, familiar para algunos de mis parientes más ancianos.

Teodosio guardó silencio durante un instante antes de proseguir con voz titubeante:

—Zoe Ferae fue uno de los primogénitos nacidos en Lagash. Fundador de la estirpe Ferae, formó parte de la vanguardia de las huestes de Caín en las Guerras Antiguas. Huyó junto a su señor cuando fueron derrotados. La marca que distingue a sus descendientes (vampiros inhumanos más parecidos a las bestias que a los humanos) es la huella de cuatro zarpas poderosas. Varios años antes del nacimiento de Cristo, Zoe despertó de su letargo y asoló una de las provincias más despobladas de Roma. Su furia y sed de sangre fueron implacables. El Senado envió a tres campeones inmortales a eliminar al Anciano y los armaron con las míticas espadas calíbdicas, empleadas por los antiguos en las guerras contra Mefisto. Ilias, Gratos y Hermes contaron con la ayuda de los licántropos, eternos enemigos de los Ferae. Acudieron a su encuentro y derrotaron a Zoe y al resto de aliados que lo protegían.

Ruy añadió:

—Ilias, Gratos y Hermes forman parte de nuestra historia como los mejores guerreros de nuestra especie. Desarrollaron la Senda del Acero.

—Creo que Luis descubrió la tumba de Zoe. Y los augurios nos alertan del comienzo de su despertar —afirmó pensativo Teodosio.

El silencio envolvió la estancia. Ruy se incorporó para abrir la contraventana y permitir la entrada a una suave brisa nocturna. Las luces de la ciudad brillaban en la oscuridad de la noche como un firmamento terrestre titilante. La luna se alzaba orgullosa y el viento mecía las copas de los árboles suavemente.

—Debemos evitar el despertar de Zoe —dijo al fin Ruy. Los ojos le brillaban emocionados.

—Ruy, si los tres héroes no lograron derrotar al Anciano, nosotros no podremos culminar su trabajo. No poseemos ni un ápice del poder antiguo —protestó Luis agriamente.

—Pero podemos encontrar las tres espadas calíbdicas —replicó Ruy—. O, al menos, una de ellas. —Se aproximó a Teodosio y sonrió—: Con la ayuda de tu familia,

podremos encontrar el paradero de las tres espadas. Entonces estaremos preparados para hacer frente al despertar de Zoe.

Luis inclinó la cabeza, pensativo.

—Debemos ser cautos —sostuvo con firmeza—. No podemos proporcionar pistas a nuestros enemigos. Si el despertar de Zoe fuese conocido por los Defectori, tendría consecuencias fatales.

—Mi destino debe cruzarse con Zoe si este despierta. Buscaré las espadas —afirmó Ruy.

—La guerra nos desborda. Necesitamos tu liderazgo... ¡No podemos perder hombres! —intervino Luis.

—Y no los perderéis, buen amigo. Soy consciente que nos encontramos en una situación muy delicada, pero puede complicarse más aún con el despertar de Zoe. De momento, contamos con la ayuda de la mayoría de las familias de vampiros, pero si el Anciano despierta, ¿creéis acaso que nos ayudarán?

—La familia Sculo permanecerá a vuestro lado, leales a nuestra palabra —indicó Teodosio con energía.

Ruy sonrió al vampiro.

—Nunca dudaré de vuestra lealtad, amigo mío. Voy a necesitaros de nuevo...

La reunión finalizó después de un caluroso intercambio de opiniones, en el que Ruy mantuvo inamovible su voluntad de perseguir al Anciano vampiro. Se despidió de sus viejos camaradas, ya que deseaba regresar a su alojamiento para descansar.

—Ruy siempre había deseado emular las hazañas de Ilias. Mucho me temo que esta empresa sea demasiado grande incluso para él —afirmó Luis mientras contemplaba a su amigo atravesando el patio.

—Es un ser poderoso, el más poderoso de cuantos he conocido. Pero está solo. No lo conseguirá él solo. Necesitará aliados.

—La Orden del Fénix debe permanecer en su tarea —replicó Luis—, dudo mucho que su maestro, don Carlos, consienta en proporcionarle hombres para su tarea. Nos hallamos en un momento sombrío, necesitamos todas nuestras fuerzas preparadas para neutralizar la amenaza. La Guerra de las Sombras absorbe toda nuestra atención, tanto la de la orden como la de aquellos que no formamos parte de ella.

Teodosio se asomó a la ventana y observó la noche.

—Me pregunto cuál será el próximo paso de Ruy —susurró pensativo.

Luis se acercó al vampiro, y Teodosio se giró fijando la mirada en la de su aliado:

—Me conforta saber que no todos los inmortales compartís su naturaleza. Su destino se encuentra constantemente entrelazado a la amargura de la soledad. Desaprovecha todo su poder.

—Amigo mío, los inmortales no somos como los vampiros; somos más humanos. Nos gusta disfrutar el tiempo que nos ha tocado vivir, paladear los placeres humanos. Vuestra ansia de sangre os ciega ante nuestras emociones. Las necesitamos para afrontar cada mañana que se alza.

—¿Y qué os anima a levantaros cada mañana? —inquirió el vampiro afable.

Luis rio y apoyó una mano en el hombro de Teodosio antes de replicar:

—Sois un vampiro inteligente, pero no debéis sobrepasaros con vuestras preguntas. El destino del Equilibrio me renueva las energías. La responsabilidad que me une a los míos es lo que me obliga a saludar al sol cuando se alza cada mañana. Mi lealtad a mi sangre me insufla energías, Teodosio. Pero no olvidéis que no todos nosotros permanecemos bajo las órdenes del maestro de la Orden del Fénix, aunque la respetemos y prestemos nuestra colaboración reclutando soldados. Ofrecer luz a mis compañeros de estirpe más jóvenes me reconforta más allá de cualquier ambición.

—Cuando se desencadene la tempestad, nuestra familia volverá a precisar de vuestra ayuda —dijo Teodosio—. Somos conscientes de que necesitamos ocultar nuestra colaboración con la orden y el resto de inmortales, puesto que muchos de nuestros hermanos de especie nunca lo entenderían. Pero vosotros sois los únicos que nos han auxiliado en momentos de necesidad, y nuestra familia no olvida.

Ambos guardaron silencio mientras observaban el mar de tejados y cúpulas que se extendía ante ellos.

-----

El Gran Barrio Imperial apenas había renovado alguna villa lujosa desde la última vez que Ruy había visitado sus muros, diez años atrás. La villa de los Sweird se alzaba orgullosa junto a las ruinas del Palacio de las Luces. Sonrió con melancolía al recordar la noche en la que la ira lo condujo hasta aquellos muros, cuando la Orden del Fénix resurgió de sus cenizas. Sacudió la cabeza y trató de borrar aquellos recuerdos que siempre le mostraban el hermoso rostro de Viktoria, postrada en su lecho, susurrándole con su hermosa voz. Llegó a la puerta de la villa y se dirigió a los centinelas con voz firme y autoritaria:

—Decidle a vuestro señor que Joseph Fouso aguarda en la puerta.

Varios minutos después fue conducido hasta un gran salón en el interior de la villa. Allí, Julian Sweird, patriarca de su familia en Constantinopla, saludó a su viejo aliado con los brazos abiertos y exclamó sonriente:

—¡Por todos los dioses! Me alegro de veros, viejo amigo. Aparecéis como un espectro surgido de la nada, algo que es costumbre vuestra.

Ruy inclinó la cabeza.

—Mi corazón rebosa de alegría al pisar vuestro refugio, don Julian.

El vampiro batió palmas y ordenó a sus sirvientes traer comida y bebida para su invitado. El señor de la familia Sweird en Constantinopla era un vampiro alto y enjuto,

de rostro afilado y severo, mirada inteligente y ademanes suaves y educados. Tomaron asiento en un rincón de la estancia, junto a un balcón que conducía al exterior. La brisa de la noche jugueteaba con la cortina de seda.

—Don Julian, seré breve. Estoy interesado en compraros la espada que Marco Tempone os vendió hace tiempo.

El vampiro frunció el ceño tratando de recordar. Una sirvienta depositó una jarra de plata con una copa y escanció el vino. Ruy bebió mientras aguardaba la contestación.

—Lamentablemente no puedo ayudaros. Se la regalé a un pariente mío como contraprestación a un favor realizado —indicó el vampiro con gravedad.

—Y grande tuvo que ser el favor para merecer semejante presente —objetó Ruy mientras depositaba la copa.

—Ruy, los asuntos de los vampiros son demasiado intrincados para comprenderlos. ¿Por qué deseáis encontrar esa espada? —replicó el vampiro incómodo.

—Era una de las espadas calíbdicas, un tesoro para cualquier inmortal que pueda poseerla. Según la historia, fue empuñada por el mismo Julio Cesar en sus guerras.

—La espada que intercambié con el inefable Marco Tempone era un arma muy hermosa, en verdad. Pero desconocía hasta ahora su verdadero precio. Se la regalé a mi hermano, Vikav Sweird, patriarca de mi familia en Obuda.

Ruy se incorporó sonriente.

—Entonces es a vuestro hermano a quien debo comprársela, pues. No deseo molestaros, amigo mío —concluyó Ruy mientras le ofrecía la mano al vampiro—. Simplemente os visitaba para saludaros.

—Nunca sois una molestia —dijo el vampiro, más afable. Estrechó la mano de Ruy y lo acompañó hasta la salida.

—¿Permaneceréis mucho tiempo en Constantinopla?

Ruy se encogió de brazos:

—No soy dueño de mi tiempo —dijo—. Corren tiempos peligrosos.

Ruy abandonó la mansión Sweird y se aproximó a la villa de Mariona Suani, próxima a la del patriarca Sweird. Las sombras de la noche le proporcionaron el cobijo necesario para saltar sus muros y perderse entre los setos del hermoso jardín. La noche era joven todavía y encontró al vampiro caminando entre sus setos de rosas favoritos.

—Sois un ser de costumbres fijas —dijo mientras dejaba atrás su protección.

Ella mostró sorpresa al escuchar las palabras de Ruy, pero cuando este se mostró ella sonrió. Era un ser radiante, una belleza sublime como lo había sido Anna Govella en el pasado. Los ojos, grandes y expresivos como estrellas plateadas, le brillaron con sensualidad. Vestía una hermosa túnica de seda ceñida. Un collar de rubíes radiantes le brillaba en el cuello. Lucía el cabello recogido en una diadema plateada y numerosas perlas se engarzaban en los mechones como pequeñas piedras preciosas.

—Y vos sois un inmortal impertinente —replicó ella—. Tomáis demasiados riesgos. Deberíais solicitar una audiencia si deseáis verme. Ya no soy la hija menor del Patriarca de la Noche, como hace diez años.

Se acercó a Ruy y le ofreció con una sonrisa radiante una rosa carmesí. Este aceptó la ofrenda con el rostro serio.

—No ignorarás que soy la matriarca de Constantinopla, sucesora de mi padre.

—Estoy al corriente, mi señora.

Ambos caminaron juntos por los senderos de gravilla del amplio jardín.

—La Guerra de las Sombras está consumiendo a mi pueblo —dijo ella después de un largo silencio.

—La Orden del Fénix combate a los rebeldes con todas sus fuerzas —replicó vagamente Ruy. Desconocía qué palabras utilizar, ni el propósito de la visita. Simplemente necesitaba ver de nuevo a aquella mujer tan fascinante.

Mariona miró al suelo y se mordió ligeramente el labio inferior.

—No puedo dudar de ello, mi señor. ¿Puedo haceros una pregunta personal?

Ruy se detuvo para contemplar la luna con fingida indiferencia.

—Preferiría que un vampiro no me formulara preguntas personales —respondió con cierta acritud.

—Conocíamos vuestra mascarada en Toledo antes de apresaros.

Ruy continuó en silencio, pero instantes después cruzó los brazos para dar la espalda a la mujer.

—Mi padre había trazado el plan con años de antelación, desde vuestra última visita a Constantinopla. ¿Lo recordáis?

Ruy inclinó la cabeza.

—Él me contrató —replicó.

—Y también tejió la trampa que os atrapó —continuó ella—. Ambicionaba vuestro poder, anhelaba ocupar vuestra posición.

—Pues no lo consiguió —refutó ásperamente Ruy.

Se giró y mantuvo la mirada en la de la mujer vampiro.

—¿Vas a formular la pregunta?

Mariona contuvo el aliento.

—¿Por qué os entregasteis cuando acudió Hieros de la familia Drako hasta Castilla?

Ruy cerró los ojos y se cubrió el rostro con las manos.

—Erais inocente, Urabi, y os conducían a una emboscada. ¿Por qué os entregasteis?

—Han pasado muchos años desde entonces, y los míos han sufrido más tormentos a manos de vuestra gente que en los últimos cuatro siglos. La herida no ha cicatrizado todavía, por lo que no contestaré a vuestra pregunta, Mariona.

Ella se acercó y acarició suavemente el rostro del inmortal. Su mirada era límpida, clara como la nieve en las montañas, pero Ruy se apartó:

—¿Gabriel sigue siendo el *Protospatharios*, capitán de la Guardia Personal del Emperador?

—*Megas Domestikos* —corrigió Mariona.

—Comandante en jefe del Ejército Imperial...

Mariona se aproximó de nuevo a Ruy con la mirada refulgente.

—Lo amo. Pero pertenecemos a dos mundos diferentes.

—Comprendo.

Ruy retrocedió hasta las sombras de los rosales.

—Buenas noches, Matriarca.

Desapareció entre la oscuridad llevado por la brisa de la noche y Mariona sonrió con admiración. Aquel enigmático inmortal no había contestado a su pregunta, ni había aclarado los motivos de tan fugaz e inesperada visita...

Las aguas del mar del Mármara se mecían suavemente en el puerto de Teodosio. Ruy observó el rielar de las estrellas reflejado en la superficie. El puerto se encontraba vacío y el silencio se quebraba por el susurro de las olas. Habría deseado contestar a la pregunta de Mariona, pero no podía confiar en un vampiro; era imposible. No podía revelar el amor que había sentido por Alba, una mortal, porque no encontraba la manera de expresar los sentimientos que lo habían arrastrado a unirse a ella. Y cuando su viejo amigo, Luis Álvarez de Montemayor, acudió a apresarle acompañado por un pequeño ejército, no pudo arriesgar lo que más quería.

El tiempo curó la herida que aquella traición le había abierto en el corazón, ya que el inmortal castellano desconocía el destino que lo aguardaba. Suspiró, entristecido. El tiempo siempre curaba las heridas, incluso las más profundas. Y un inmortal poseía tiempo de sobra. No se arrepentía de su decisión, ya que en aquel momento necesitaba conocer al autor de la traición de la que lo acusaron, pero desconocía los sufrimientos que padecería después. El destino siempre reserva extrañas sorpresas, y sin aquella decisión jamás habría conocido a Viktoria.

Sintió un pinchazo en el corazón al recordar de nuevo su hermosa mirada, tan azul como un cielo despejado de primavera. Por un momento, deseó que el tiempo también hubiera curado aquella herida, olvidar aquellos sentimientos que le atenazaban el estómago. ¿Por qué siempre su corazón elegía el amor más inaccesible? El sol comenzaba a asomar más allá de los muros. Inició el regreso a la torre.

La sombra se escurrió entre los muros del puerto a medida que avanzaba Ruy camino a su refugio. Etérea, como surgida de la nada, traspuso los callejones y siguió el rastro del inmortal. Lo había encontrado por casualidad, en el refugio de Julian Sweird, y decidió seguir los pasos de aquel extraño ser que recorría los tejados de la ciudad como si de un gato callejero se tratara. Era una presa poderosa, y su señor lo recompensaría por la información. Los primeros rayos del sol lo obligaron a regresar a la morada de su señor, el monasterio de Santa Marta, situado en las faldas occidentales de la Cuarta Colina. Atravesó los pasillos empedrados y vacíos y descendió por las escaleras que conducían al sótano, donde le esperaba una jugosa recompensa. Allí se encontraba su amo, Salonio, hablando con sus sirvientes, Bara y Ugluk. La sombra se acercó a su señor y le susurró al oído aquello que había descubierto durante la noche.

—Bien —dijo Salonio—. Puedes alimentarte.

La sombra se escurrió entre los barrotes de una jaula y se introdujo en el interior de ella, entre las ratas que albergaba. Salonio alzó la mirada a sus sirvientes.

—Hemos encontrado algo interesante, amigos míos —dijo sonriente.

Era un hombre bajo y corpulento, de mirada vivaz y rostro pulcramente afeitado. Vestía un hábito ocre y tonsura en el cráneo. Bara y Ugluk eran más altos y de tez más morena, aunque delgados y enjutos. Ambos lucían el mismo hábito que su señor.

—Idos a la torre de la Muerte y vigilad al recién llegado —ordenó Salonio—. Durante la noche la sombra os relevará.

Observó alejarse a sus siervos y tomó asiento frente a un escritorio. Releyó una de las cartas que se encontraba en el escritorio, la firmó y la acercó a una de las velas. El papiro se consumió lentamente en un pequeño montón de cenizas. Salonio las introdujo dentro de una copa de madera y volvió a prenderles fuego. Las cenizas desaparecieron y el interior se quedó vacío. Acto seguido, limpió la copa con un trozo de lino blanco y se incorporó pensativo. Sentía curiosidad por conocer al nuevo huésped de la orden.

-----

### *Torre de la Muerte*

El campanario de la iglesia de Santa María Diakonissa tocó la hora tercia con los primeros rayos de luz. Ruy descendió al patio y encontró un amplio grupo de hombres practicando el combate con espadas de madera. Trocero y Luis ejercían de instructores y mostraban mano férrea en cada error cometido. Ruy permaneció varios minutos observando complacido la instrucción, pero cuando Luis advirtió su presencia, se aproximó sonriente:

—En esta hora formamos a los más prometedores. Aquellos cuyas aptitudes son menores entrenan en el exterior de los muros.

—He realizado el conjuro que transforma las reservas de *Aqua Vitae* que aguardaban mi llegada —dijo Ruy—. Lamento que durante mi ausencia no hayáis podido disfrutar de ella. Si tenéis algún herido, podéis darle de beber, pero disimuladlo en algún brebaje medicinal; no es recomendable que se descubra que poseemos semejante tesoro. Las ánforas se encuentran en mi alcoba.

—Allí permanecerán en secreto, Ruy.

Se llevó una mano a la cabeza y lanzó una mirada al perímetro de la torre.

—Tengo la sensación de que la torre no me pertenece, me siento como un extraño en mi propio hogar —afirmó con tono melancólico.

—Has pasado demasiados años fuera de aquí —replicó Luis—. Tú mismo nos encomendaste la misión de utilizar la torre como centro de reclutamiento. ¿Vas a participar en el entrenamiento?

—Así es —contestó Ruy mientras estiraba los brazos—. ¡Necesito algo de acción!

Se despojó de la camisa y guiñó un ojo a su viejo amigo. Reunieron a los hombres alrededor de ellos y contemplaron con extrañeza la infinidad de viejas cicatrices que surcaban el cuerpo de Ruy. Algunas voces susurraron su nombre y pudo distinguir las miradas de admiración entre los jóvenes reclutas. Luis señaló a cuatro de ellos y les entregó espadas de madera. Ruy tomó otras dos y se colocó en el centro del patio. Depositó una de ellas en el suelo y la otra, a la altura de la cintura, sosteniéndola con la mano izquierda como si se encontrara envainada en un cinto imaginario.

—¡Dadles armas de verdad! —ordenó con tono severo.

Un murmullo se elevó en el grupo de espectadores mientras reemplazaban las armas de madera por verdaderas a los adversarios de Ruy. Este cerró los ojos y se concentró mientras empuñaba la espada con la mano derecha sin desenvainarla. Aguardó al primer ataque y entonces ejecutó un giro que golpeó a su oponente en la parte posterior de las rodillas, quien cayó al suelo aturdido mientras sus otros dos compañeros atacaban a la vez. Ruy esquivó los dos golpes con facilidad y golpeó la mano que esgrimía el arma de uno de ellos, desarmándolo. Detuvo un nuevo golpe y propinó una fuerte patada en el torso del siguiente rival. Antes de que su oponente más cercano alzase de nuevo el arma, le asestó un golpe violento en el estómago y lo inutilizó. Un segundo después, rodó sobre su costado para recuperar la segunda espada y se incorporó con agilidad, deteniendo un nuevo golpe con una de ellas y contraatacando con el arma libre sobre el rostro del atacante. Se giró y esquivó las estocadas del último rival que permanecía en pie, jugando con sus ataques y sonriendo complacido. Por último, detuvo una de las estocadas con las dos espadas y, seguidamente, ejecutó un círculo imparables, golpeando con cada arma en los costados de su desdichado rival. Un silencio se extendió mientras se incorporaban los maltrechos vencidos.

Luis ordenó con un grito retomar los combates y Ruy decidió permanecer en el patio atento a los movimientos de los soldados hasta que el sol ascendió a lo alto del cielo, momento en el que concluía el entrenamiento. En aquel instante, dos desconocidos entraron en el patio. Caminaban despacio, con cautela, y observaban a su alrededor con miradas de extrañeza. Eran altos y corpulentos, de miradas feroces,

facciones afiladas y adustas. Parecían dos estatuas surgidas del foro de Constantino: uno rubio como el trigo maduro en estío; otro, moreno como una noche de invierno, de músculos perfectos, como tallados en una estatua de carne. Ambos lanzaban a su alrededor miradas serenas pero calculadoras, escudriñando el lugar para encontrar la salida más próxima o buscando algún enemigo acechante. Luis percibió en aquellos inmortales la misma llama que ardía en el interior de Ruy. Este se aproximó a ellos sonriente y levantó una mano.

—¡Salve, hermanos! —gritó desde la distancia. Los dos extraños detuvieron el paso.

Contestaron al saludo de Ruy con un gesto breve. Este los condujo hasta el salón principal de la torre.

—Mi nombre es Ruy González de Ayala —dijo mientras les entregaba una copa a cada uno de ellos en el interior del salón—. Os encontráis en Constantinopla, en mi refugio.

—Sois quien me venció la pasada noche —afirmó el moreno.

—Te rescaté —interrumpió Ruy—; te salvé de un final incierto. Y a ti —miró al nórdico rubio— te encontré en una fosa común, entre los restos de un batallón imperial aniquilado.

—Mi nombre...

—Herion de Boecia —volvió a interrumpir Ruy— y Lanson, de tierras nórdicas. Os he estado buscando en los últimos años.

Guardaron silencio durante unos minutos. Ruy volvió a llenar las copas vacías de sus invitados.

—¿Cuántas veces habéis muerto en los últimos años? —preguntó con el rostro serio.

—Incontables —replicó Lanson—. Siempre en la batalla.

—¿Nunca habéis deseado conocer vuestra verdadera naturaleza?

—Siempre he creído que la maldición de Dios había caído sobre mi cabeza —contestó Herion—. Condenado a levantarme siempre que caía, sin conocer el descanso eterno.

—Supongo que estaréis hambrientos.

Ruy abrió la puerta y ordenó traer comida y bebida. Minutos después, Lanson y Herion devoraban las viandas con hambre sobrehumana. Ruy sonrió y despidió a los sirvientes.

—Somos inmortales —comenzó con voz solemne—. La historia de nuestro linaje se remonta a los albores de nuestra memoria, cuando los dioses caminaban por nuestro mundo y se confundían entre los mortales.

Ruy prosiguió con su relato durante varias horas. Desde el origen de sus antepasados hasta los días actuales en los que eran protagonistas. Lanson y Herion

encontraron las respuestas que habían buscado durante tanto tiempo: los motivos por los que no podían morir, los poderes sobrehumanos que desarrollaban, y que a la vez los aislaban de los mortales.

Relató con exactitud la soledad que habían sentido y la extraña sensación de vacío que les recorría el cuerpo cuando recordaban los tiempos pasados. Aquella soledad habría acabado con sus deseos de vivir si no los hubiera encontrado. Pero nada dijo sobre el extraño presentimiento que lo había guiado hasta ellos como si buscara dos hermanos iguales a él. Poseían la misma mirada triste y vacía cuando apuraban las copas de vino y permitían que sus pensamientos vagaran por el lejano pasado. Ruy podía leer en sus almas atormentadas el dolor y los remordimientos que les causaba haber sido incapaces de evitar la pérdida de aquello que más amaban.

La noche cayó cuando Luis interrumpió la reunión con el rostro grave. Portaba un pergamino y habló con la voz agitada:

—Hemos recibido noticias de los enviados de Teodosio. Son las indicaciones exactas de un pozo de Defectori. Debemos desinfectarlo de inmediato, antes de que se nos escurran de entre los dedos. Esta es la orden de don Carlos.

—Lanson y Herion nos acompañarán —ordenó Ruy mientras se incorporaba.

—Pero apenas conocemos sus habilidades —replicó Luis—. Don Carlos jamás lo aprobará, no son ni escuderos de la orden.

—Son algo más que aprendices —afirmó Ruy—. Son dos inmortales que han sobrevivido a las miserias que nuestra especie nos tiene reservadas durante siglos. Conocen tan bien como nosotros mismos sus propias capacidades, y son más ancianos que la mayoría de los seres que habitan en esta torre y en la ciudadela de Petrion, a excepción de Carlos, tú y yo.

Luis inclinó la cabeza.

—Además, deseo verlos en combate —finalizó Ruy—. No serán molestia alguna. Te garantizo que estarán a la altura del mejor de los nuestros.

Un pequeño destacamento de jinetes formó en el patio. Ruy aguardaba a pie luciendo su hermosa armadura con el emblema del fénix grabado en el pecho. En el cinto ceñía a Demoledora, espada forjada en Toledo por el maestro inmortal Helkias, y no portaba protección alguna para el rostro. Componían el destacamento Lanson; Herion; Luis; Trocero; Martín de Ávila, quien era un inmortal viejo amigo de ambos, y él. Acarició las crines de su corcel y montó en la silla con un salto vigoroso.

—¡Guíanos, Luis! —dijo Ruy con una sonrisa en el rostro.

El corazón le latía con fuerza y de nuevo sentía el placer y la tensión de una cacería, como en los viejos tiempos. Respiró el aire húmedo de la noche y vaticinó lluvias para antes del amanecer. El grupo partió entre los relinchos de los corceles y el restallido de los cascos en el empedrado.

Recorrieron la avenida Central como un rayo entre la neblina. Los pocos transeúntes que frecuentaban los puestos nocturnos se apartaban temerosos ante la llegada del grupo atronador. Algunos, lo más píos, se santiguaban y se apartaban ante

aquellos extraños jinetes. Luis conocía las contraseñas de las puertas que custodiaban el muro de Constantinopla, y ascendieron por la avenida a través de las estribaciones de la Quinta Colina, rumbo al Exokionion, sin contratiempo alguno.

Traspusieron la quinta puerta, en el cauce del Lycus, y avanzaron en la oscuridad de la noche hacia un suburbio de chozas de barro a una milla de distancia. Se detuvieron a varios cientos de metros del conjunto de casuchas para desplegarse en semicírculo al trote. La luna se alzaba orgullosa ante sus cabezas y los caballos sudorosos. Se aproximaron en silencio, pero a una señal de Ruy desenvainaron las espadas y espolearon las monturas, arrancándoles un quejido sobrenatural que surcó la noche como una advertencia.

El ataque fue rápido y mortal. Irrumpieron entre las casas y las incendiaron mientras abatían a cuantos hombres, vampiros y otras bestias se alzaban contra ellos como un poderoso ejército conquistador. Al cabo de pocos minutos, arrinconaron a un grupo de vampiros en uno de los descampados del suburbio. Ruy desmontó y alzó la mano deteniendo el ataque. Frente a él, seis vampiros se oponían armados con espadas y escudos, mostrando los dientes sobrenaturales como fieras acorraladas. Ruy se aproximó lentamente a ellos con mirada dura y firme.

—Luis, registra las casas con la ayuda de Martín —ordenó sin perder de vista a los vampiros—. Herion y Lanson, acompañadme. Trocero, permanece alerta, no quiero que nos sorprendan por la espalda.

El resto del grupo desmontó en silencio. El fuego que incendiaba algunas chozas crepitaba con furia arrojando sombras grotescas. Ruy tomó una daga con la mano izquierda y la lanzó con todas sus fuerzas. Uno de los vampiros cayó al suelo con el corazón perforado y lanzando gritos de dolor. Lanson se abalanzó sobre dos vampiros y Herion atrajo a otros tres, de manera que dejaron solo a Ruy. Trocero contuvo el aliento: incluso para Luis, el mejor guerrero que conocía después de Ruy, tres vampiros eran demasiados enemigos. Ruy atravesó con una tosca estaca el corazón del vampiro caído y se apoyó en su espada, a modo de bastón, contemplando el combate con una mueca divertida en el rostro. No esperaba aquella muestra de estupidez por parte de sus nuevos amigos.

Pero no fue estupidez.

Lanson decapitó al primer vampiro que atacó con un movimiento rápido y certero con su hacha de doble filo. Manejaba el arma pesada con una mano, y se movía como un felino nórdico. Saltó para evitar el ataque a los pies que le lanzó el segundo enemigo, bloqueó con la mano izquierda el siguiente y destrozó el estómago de su enemigo con un brutal giro de su hacha. Mientras, Lanson se movía con mayor velocidad que su compañero para evitar los ataques de sus tres enemigos. Rodaba, saltaba, fintaba y contraatacaba con una sonrisa en el rostro. Combatía con dos espadas anchas y, en dos movimientos rápidos y coordinados, abatió a sendos rivales como si ejecutara un movimiento de baile mil veces ensayado.

Se aproximó lentamente al vampiro superviviente paladeando su superioridad y girando lentamente las espadas, hasta que el vampiro atacó. El inmortal barrió los pies del atacante con un rápido movimiento de su arma derecha, se giró con presteza y

aprovechó el movimiento para decapitar al vampiro con la espada que portaba en su izquierda. Mientras Herion remataba a su rival en el suelo, Ruy decapitó a los dos caídos y cruzó una mirada cómplice con Trocero.

Ambos sonrieron.

Tras tomar por el cuello al vampiro paralizado por la estaca, entró en una de las chozas que no había perecido por el fuego. Allí aguardaban Luis y Martín sentados en taburetes de madera contemplando un pequeño trozo de manuscrito depositado en una mesa. En el centro ardía una vela de cera iluminando tenuemente el lugar.

Trocero, Herion y Lanson permanecieron fuera montando guardia. Ruy arrojó el cuerpo inmóvil del vampiro aterrorizado a los pies de Luis. Este no movió ni un músculo de su rostro. Permanecía absorto escudriñando el pequeño trozo de pergamino.

—Ruy, debes mirar esto.

Martín se incorporó y dejó su sitio a Ruy.

—Parece la marca de Zoe —afirmó este mientras acercaba el trozo de pergamino a la luz de la vela. Junto a lo que parecía la marca de la familia Feriae, se alzaba una pequeña figura grotesca, medio humana medio murciélago, rodeado de extraños caracteres cuneiformes.

Ruy comenzó a leer lentamente los caracteres:

—Contemplad el hermoso rostro de nuestro Anciano, mitad bestia mitad vampiro. Pues es su poder lo que debéis adorar ante su mirada aterradora. Y debéis alimentar su despertar con la sangre inmaculada de vuestros súbditos.

Alzó el rostro preocupado.

—El idioma es sumerio, un idioma olvidado utilizado en los albores del tiempo —prosiguió—. Tenemos entre nuestras manos los restos de una copia de *El libro de los sueños*, donde se relatan terribles secretos de los vampiros más ancianos.

—Es evidente que los Defectori conocen el paradero de la tumba de Zoe —afirmó Luis pensativo.

—No creo que sea tan evidente —refutó Ruy—. Pero ahora vamos a despejar nuestras dudas.

Tomó el pergamino y se lo ofreció a Luis. Despejó la mesa y depositó en ella el cuerpo inmóvil del vampiro. Le amarró las manos y los pies a la mesa con una cuerda y le extrajo la estaca. El vampiro permaneció quieto, observando a sus enemigos aterrado.

—Soy Urabi de Ukesh —dijo Ruy mientras clavaba la mirada en el vampiro—. Sé que me conoces, o al menos a quien crees que soy. No hace falta que lo reconozcas.

Aproximó la vela al vampiro.

—¿Te gusta el calor del fuego? —preguntó amenazante.

Situó la muñeca izquierda sobre la llama de la vela y permaneció varios segundos mientras la carne se quemaba lentamente. Sin desviar la mirada de los ojos del vampiro, apartó lentamente la vela de la muñeca.

—Si soy capaz de hacerme esto a mí mismo sin pestañear —continuó—, imagínate de lo que soy capaz de hacer con un vampiro. Y con un poco más de fuego.

El vampiro comenzó a sudar sangre y a temblar.

—Además, me encanta saludar al amanecer... ¿Quieres que lo saludemos juntos?

El cautivo negó con la cabeza, aterrado.

—Entonces, nos vas a contar lo que queremos saber —replicó sonriente Ruy. Tomó un trozo de tela para vendarse la herida de la muñeca mientras intercambiaba una mirada cómplice con sus compañeros.

El vampiro habló con mayor sinceridad que un penitente arrepentido en un confesionario. Relató que el pergamino se lo había entregado un vampiro llamado Merido de Salonica en una taberna cerca del foro de Constantino, llamada La Jarra Llena. Les había sugerido atacar la mansión Sweird durante las últimas semanas y hacía dos días que habían detenido los ataques, ya que su líder había caído en el último asalto. Con las primeras sombras de la siguiente noche, debían verse de nuevo en la taberna para recibir más órdenes. Ruy sonrió satisfecho antes de decapitar al joven vampiro aterrado y guardar el pergamino en una pequeña bolsa anudada en el cinto.

—Eran un grupo de vampiros jóvenes, como muchos grupos de Defectori —afirmó Luis—. Pero aun así poseían un fragmento de *El libro de los sueños*. Es difícil de entender.

—Es evidente que el verdadero fragmento posee un valor importante para los vampiros —contestó Ruy—. Poseerlo les otorga poder, aunque desconozco de qué clase. Y una copia de él puede suponer un tesoro incalculable para el vampiro incapaz de distinguir el original de una copia.

El grupo regresó a la torre al galope, aunque Ruy se desvió durante el camino para dirigirse de nuevo al distrito del palacio. En las puertas del palacio de las Luces encomendó el corcel a un sirviente y solicitó una audiencia con la Matriarca de la Noche. Fue conducido hasta uno de los jardines del interior del recinto, donde se celebraba una suntuosa fiesta. Un grupo de músicos desgranaba una hermosa melodía mientras los invitados se reunían en pequeños grupos. Algunos de ellos se escurrían con discreción entre la espesura del jardín aprovechando los descansos de los músicos y regresaba con las mejillas sonrosadas y un brillo de satisfacción en la mirada.

—Como podéis observar, mantenemos el Velo como antaño —afirmó una voz a su espalda.

Ruy se giró y contempló a Mariona: lucía un espléndido vestido de seda con numerosas joyas incrustadas en los pliegues y se recogía la melena en una delicada red de plata con pequeñas piedras preciosas que relucían con cada destello de luz. Sonreía con fingida displicencia, hermosa como una estrella refulgente en una noche de verano. Su voz, aterciopelada y dulce, le envolvía los oídos como un sortilegio evocador.

Ruy cerró los ojos durante un instante y sintió cómo la mirada de la mujer trataba de acceder al interior de su mente.

—No albergaba duda alguna sobre vuestra lealtad —replicó al cabo de unos segundos—. Vuestra belleza es mayor que las estrellas del firmamento, mi señora.

Ella se acercó y lo tomó por el brazo.

—Hermosas palabras —añadió indolente—. ¿Son las mismas que le susurrabas a Viktoria hace años?

Ruy sintió un aguijón clavado en el corazón. Mariona sonrió.

—Veo que todavía sentís algo por ella.

—¿Disfrutáis viendo el dolor en mi rostro? —protestó suavemente Ruy.

Tomó la mano de la mujer vampiro y la apretó con suavidad, pero ella se liberó con facilidad y giró el rostro:

—A la vez disfruto y a la vez lo padezco. Ver el dolor en un ser tan poderoso me reconforta, porque me recuerda que todos poseemos alguna debilidad. Pero a la vez envidio a aquella mujer que supo arrancar vuestro amor.

—Cometí un error en el pasado, Mariona, y no deseo volver a repetirlo.

La Matriarca de la Noche de Constantinopla se giró de nuevo. Había recuperado la compostura y su rostro era una hermosa máscara pálida e inescrutable.

—Habla, Urabi. Debo regresar con mis invitados cuanto antes —dijo con voz fría.

Ruy le tendió el trozo de pergamino.

—Hemos encontrado este fragmento de *El libro de los sueños* en un pozo de Defectori.

Mariona examinó cuidadosamente el trozo de pergamino.

—Es una copia, aunque no logro leer las inscripciones. ¿Por qué me lo mostráis si lo conocéis perfectamente?

Ruy recuperó el trozo de pergamino.

—Eran vampiros jóvenes, es improbable que conociesen en profundidad las tradiciones de vuestra raza. Estad alerta, Mariona, porque algún Anciano ha despertado y desea vuestro poder.

La mujer vampiro desvió la mirada.

—Gracias por vuestra recomendación, maese Ruy, pero no necesito que me aviséis sobre conspiraciones entre mi propia estirpe. Creo que puedo cubrirme las espaldas perfectamente.

Una figura se aproximó hacia el jardín y reclamó su atención.

—Hermosa noche —dijo Carlos Torralba. El maestre de la Orden del Fénix vestía una larga capa de seda color añil, donde se podía apreciar la librea de la Orden del Temple, pero ninguna enseña referente a su verdadera orden.

—Creo que debo atender a mis invitados —replicó Mariona de manera precipitada. Se despidió de Ruy con una mirada fría y regresó al tumulto de la fiesta. Los dos inmortales, tras un breve saludo, se internaron en la espesura del jardín.

—¿No pensabas acudir a saludar a los viejos camaradas? —inquirió Carlos.

—Siempre que regreso a Constantinopla, no soy dueño de mi tiempo —replicó Ruy seriamente.

—Ya me han llegado noticias sobre vuestra incursión con dos novatos.

—¿La desapruebas?

Llegaron ante el pórtico de una pequeña ermita en el centro del jardín.

—No puedo desaprobarte nada que hagas, Ruy —contestó Carlos.

Tomaron asiento en uno de los bancos situados dentro de la ermita. Carlos sentía que su viejo camarada se encontraba muy irritado, demasiado tenso para ser un encuentro entre dos viejos amigos. Varios candiles diminutos iluminaban suavemente el rostro de una Virgen esculpida en piedra. Su mirada fría y adusta recordó a Ruy la de Mariona pocos minutos antes.

—¿Tan débil es la Orden del Fénix que debe ocultarse bajo el emblema del Temple? —preguntó Ruy molesto.

—Debemos adaptarnos a los tiempos que corren, Ruy. No podemos quemar edificios y combatir a nuestros enemigos bajo el emblema del Fénix; romperíamos el Velo.

La ermita era pequeña pero acogedora. Ruy se incorporó y se apoyó en un muro. Fijó la mirada en su antiguo camarada, con los ojos como dos brasas incandescentes.

—Nuestros enemigos crecen en los lugares más insospechados —comenzó Carlos.

—¡Somos inmortales! —lo interrumpió colérico—. ¡Inmortales! ¿Cómo se lo explicaremos a los cristianos?

Carlos alzó las manos.

—Ruy, cálmate, te lo ruego.

—¡Nos confundirán con los vampiros! ¿Estáis todos locos? Tantos siglos de orgullo y poder malgastados ocultándonos bajo una cruz, la misma que cobija a nuestros enemigos.

Carlos se incorporó.

—¿Y qué nos habrías aconsejado, Ruy? —replicó irritado—. Mientras tú perdías el tiempo persiguiendo el rastro de una mujer muerta hace una década, nosotros derramábamos nuestra sangre en esta cruenta guerra.

Ruy se giró y contempló el rostro de la Virgen pétrea. Apretó los puños conteniendo una ira que comenzaba a crecerle implacable, pero Carlos continuó:

—¿Qué nos recomendaste cuando te visitamos en Toledo, hace tanto tiempo? Fui a rogar tu ayuda ante lo que parecía una traición y nos abandonaste a nuestra suerte, una vez más.

Ruy no contestó. Agachó la cabeza con los ojos cerrados.

—Nos echaste a patadas, Ruy, nos trataste como desconocidos que habíamos usurpado tu puesto en la orden. Y nunca te lo hemos reprochado. Tampoco lo hicimos cuando anteriormente la abandonaste. Te fuiste persiguiendo sombras, enemigos ocultos a las órdenes de un rey mortal, despreciándonos. Con el recuerdo de una mujer amargando tu viejo corazón y con el consuelo de una botella de vino para apagarlo.

Ruy contestó débilmente. La voz le sonaba apagada, apenas un susurro herido. Nada quedaba de la cólera que lo había embargado anteriormente:

—No sigas hablando de lo que desconoces. No tienes derecho a hablar de los motivos que nos llevaron a dejar la orden.

Pero Carlos se aproximó para apoyar las manos en los hombros de su compañero tratando de confortarlo.

—No puedo ni imaginarlos, amigo mío, pero los disculpo. Porque os aprecio como a un padre y como tal os respeto. Pero me he preguntado durante años los motivos por los que nos trataste con tanta frialdad.

Ruy se llevó las manos a la cabeza.

—Llevo demasiado tiempo lamentando mi decisión en Toledo —musitó—. Mi vida se desmoronó entonces, y vosotros caísteis en una trampa que yo podría haber evitado. Cuando regresé a Constantinopla no podía miraros a la cara, amigo mío. Porque vinisteis a solicitar mi ayuda y os rechacé. Rechacé a la Orden del Fénix.

Don Carlos tomó asiento de nuevo y elevó la vista al altar.

—Ruy, tu naturaleza es lo que te hace sobrevivir al tiempo. Tu pasión por vivir es lo que te diferencia de los demás inmortales. Posees todavía la naturaleza de los primeros nacidos, y su poder.

Ruy se acercó a su camarada y tomó asiento junto a él.

—¿Cómo contener tanto poder sin enloquecer? —prosiguió Carlos—. Te admiro, Ruy. No has caído ni a la tentación de las tinieblas, como los Ignobili, ni a la tentación de la muerte definitiva, como tantos de nuestros compañeros. Eres diferente a nosotros, puedes desenvolverte en el mundo de la magia con la facilidad de un hechicero arcano. Pero a veces eres demasiado imprevisible e implacable, como un huracán que lo destruye todo a su paso.

—Me alejé de la orden porque los Ignobili la atacaban para derrotarme. Debía proteger a la orden alejándome de ella. Pero fue inútil. Urdieron la traición de Constantinopla para apresarme, Carlos.

—¿Quién?

—Estriba. Cayó derrotado y desconozco durante cuánto tiempo permanecerá caído.

—Ruy, no podemos combatir a los Ignobili. La mayoría de ellos son demasiado poderosos para nosotros. Y Estriba a buen seguro que no se encontrará solo.

—Por esta causa me alejé de la orden y os rechacé en Toledo. No persiguen a la orden, no la temen porque permanecen ocultos en las sombras, urdiendo sus planes junto a los más tenebrosos de los vampiros. Desean mi muerte definitiva porque yo conozco sus oscuros secretos.

—Y por ese motivo utilizamos la insignia de la Orden del Temple: para obrar con libertad, Ruy. Nos ocultamos para protegernos. Debes comprenderlo.

Ruy asintió con la cabeza, pensativo. La voz de Carlos retumbó en la capilla como un salmo durante la misa.

—Cuando la orden te necesitó, acudiste a rescatarla como un hermano mayor que acude a proteger a su familia. Te lo agradecemos de corazón. Te debemos la vida, amigo mío.

—No comparto vuestra decisión de acogeros a la Orden del Temple —afirmó Ruy severo—, pero no puedo discutirla. Tú eres quien la dirige, y debo acatar tus decisiones.

Carlos se incorporó y se acercó a la imagen de la Virgen.

—¿Incluso si te ordeno permanecer en Constantinopla combatiendo a los Defectori? Necesitamos aliados en esta guerra cruenta.

Ruy se aproximó a su amigo y le mostró el pequeño trozo de pergamino.

—Seguramente estarás al corriente de los hallazgos de Luis.

Carlos estudió el pergamino en silencio durante unos minutos.

—Sí.

Devolvió el pergamino y se cruzó de brazos con la mirada baja.

—Y estoy de acuerdo en que halló la tumba del Antiguo Zoe.

—Luis tiene un don para presentir el futuro, debemos investigar quién proporcionó esta reliquia a los Defectori.

Carlos continuó con la mirada fija en el suelo.

—Hoy han llegado noticias de Venecia, Burgos, Antioquía y Trípoli. Necesitan nuestra ayuda para contener a los Defectori. Investigar algo que no es más que un rumor nos puede hacer perder valiosas ciudades. Tenemos otras preocupaciones, Ruy.

—No estoy pidiendo nada a la orden —replicó este, molesto.

—Entonces eres libre de hacer lo que desees. No puedo retenerte con nosotros, pero no podemos ayudarte.

Ruy se dirigió hacia el portalón. La suave luz de las velas recortaba su figura en el vano mientras giraba la cabeza y sonreía a su camarada con un poso de amargura. Se despidió inclinando levemente la cabeza y se precipitó en la profunda oscuridad de la noche.

—Que los dioses te guarden, amigo mío —susurró Carlos mientras clavaba la mirada en las tinieblas que cubrían el jardín de Mariona. Cerró la puerta de la ermita lentamente.

Una sombra se escurrió sigilosa entre las piedras de la ermita, oculta a la mirada de Carlos. Un fuerte viento comenzó a soplar y agitó las ramas de los rosales.

—Corren extraños rumores entre nuestra gente.

La voz sorprendió a Carlos y se giró hacia la puerta de la ermita. Allí permanecía Mariona, apoyada en una columna.

—Es descortés espiar a los invitados —reprochó Carlos molesto.

—De nada me ha servido; no hablo castellano. Apenas he descifrado algunas palabras inconexas, ya que habláis demasiado rápido.

Carlos sonrió. No se había percatado de que Ruy y él habían hablado en castellano con total naturalidad.

—En todo caso, no es correcto espiarnos.

—Esta es mi casa, puedo hacer lo que me plazca en ella.

Carlos dio la espalda a la mujer y se alejó en dirección al salón principal.

—Corren extraños rumores entre nuestra gente —repitió la Matriarca con tono burlón.

Carlos se giró. Los ojos de la mujer chisporroteaban como brasas plateadas centelleantes.

—No deseo conocer los rumores que propagan los vampiros —replicó agriamente—. Debo contener las tropelías que cometen vuestros hermanos vampiros.

Mariona se aproximó a Carlos, quien retuvo el aliento impresionado por su belleza.

—Dicen que Ruy se enamoró de un vampiro en el pasado.

Carlos trató de alejarse del embrujo, pero apenas retrocedió dos pasos torpemente.

—Lo desconocía.

—¿Desconocías que uno de los tuyos se enamoró de un vampiro? —reprochó ella desafiante.

Carlos guardó silencio. En verdad lo desconocía, y se encontraba estupefacto. Era imposible que Ruy hubiera caído bajo la seducción de un vampiro.

—Fue breve —continuó la Matriarca—. Apenas unas noches de pasión mientras viajaban juntos a través del Languedoc.

—Es imposible —objetó Carlos confuso.

—¿Imposible?

Mariona se aproximó con rapidez. La luna iluminó su hermoso rostro, perfecto como una estatua plateada. Acarició el cabello del inmortal con un gesto rebosante de sensualidad mientras le acercaba los labios al cuello. Percibió que Carlos se estremeció.

—Lo sé porque me lo confesó su maestro —susurró—. Mientras se estremecía bajo el fuego de mis verdugos, confesó sus más ocultos secretos.

Carlos logró sobreponerse al embrujo y se alejó de la mujer con determinación.

—Urabi es el más poderoso de los nuestros, es libre de actuar como desee.

—¿Crees que podría enamorarse de mí?

Carlos sacudió la cabeza, furioso, mientras reprimía la ira en silencio. Mariona sonrió y alzó la mirada a la luna.

—Juntos seríamos infinitamente poderosos —dijo—. Incluso los más poderosos de nuestras estirpes tendrían que arrodillarse ante nosotros. Yo sería temida, la Dama de las Sombras. Y, durante el día, el Señor de la Luz gobernaría a los vuestros con mano de hierro. Incluso los dioses envidiarían nuestro poder.

—Mi señora, lo que soñáis es imposible. Completamente imposible.

Mariona no se inmutó mientras contemplaba la luna distraída.

—Deberíais temer algunos de mis sueños... —Sus palabras parecieron una advertencia.

Posó los ojos en Carlos, de nuevo incandescentes como llamas salvajes. Su figura creció como influida por la luna, alta, poderosa y majestuosa como una diosa de la antigüedad. Las facciones del rostro se le afilaron y enmarcaron aquella mirada flamígera, inhumana y horrible. Su voz había cambiado, sonaba hueca, poderosa; a la vez fría y amenazadora, como surgida desde las profundidades de la tierra:

—Cuidaos de los sueños... y de quien ostenta el poder de hacerlos realidad.

Carlos corrió hacia la fiesta y la atravesó atropelladamente. Montó en su corcel sin mediar palabra y regresó a la ciudadela de Petrion aterrorizado.

Había descubierto el verdadero rostro de la Matriarca de la Noche.

## Capítulo Segundo

Carlos cerró la puerta de su habitación. La brisa de la noche le agitó el cabello y frunció el ceño preocupado mientras giraba el rostro, aún pálido. No recordaba haber dejado abierta la ventana, que estaba iluminada con un candil. Se aproximó y comprobó extrañado que permanecía cerrada. Tras encender otra pequeña lámpara de aceite, buscó una palangana para refrescarse, mas advirtió un movimiento furtivo a su espalda, junto a la ventana. Una figura se había alzado tras él. Desenvainó la espada y acercó una vela al desconocido.

—Buenas noches —dijo la figura.

Carlos retrocedió asustado. La figura era una imagen exacta de Urabi: mediana altura, corpulento, cabello largo y rostro afeitado. Su mirada era diferente, más fiera, áspera y maligna. Carlos maldijo entre susurros y mantuvo desafiante la espada desenvainada.

—Buenas noches, Galad —contestó Carlos—. ¿Puedo saber los motivos que os llevan a visitarme?

—A su tiempo —dijo el recién llegado con mirada de desdén.

Su voz era diferente a la de Urabi, más fría y gutural. Se aproximó lentamente a Carlos.

—Tu descubrimiento de esta noche ha llegado a mis oídos. Celebro que no lo hayas compartido con nadie.

—La Matriarca... —musitó confuso Carlos.

Galad sonrió malévolamente.

—Alberga un deseo descabellado, pero útil para mí —interrumpió—. Nunca entenderé los motivos por los que mi hermano despierta las pasiones más salvajes entre humanos, inmortales y vampiros.

—Creía que habíais sido apresado hace años —dijo Carlos—. Aquí no tienes nada que hacer.

—Huí de mi prisión. Y os equivocáis, aquí tengo una tarea por realizar.

Carlos retrocedió hasta la puerta de la habitación.

—No sois un cobarde, don Carlos Torralba, maestro de la Orden del Fénix. No huyáis.

—No soy un cobarde —replicó molesto Carlos. Era consciente que no tenía ninguna opción de vencer a Galad, quien poseía un poder muy similar al de su hermano gemelo.

—Zoe ha despertado y no posee el poder suficiente para regenerar su cuerpo, por lo que ha tomado el de Mariona. No debéis sorprenderos, no es la primera vez que combatís a la marioneta de un Anciano vampiro.

Carlos guardó silencio. Contemplaba furioso al antiguo y poderoso Ignobili.

—No puedo derrotar a mi hermano, como él a mí tampoco puede destruirme. Es una extraña maldición que conservamos gracias a nuestro padre. Me serviré de Zoe para matarlo, y una vez que ella haya terminado con él, moveré mis fichas en este gigantesco tablero de ajedrez. Solo me faltan las herramientas necesarias para destruir a un vampiro tan poderoso, y en esta tarea preciso vuestra ayuda.

—No puedo ayudaros en nada, y si así fuera, Zoe no posee el poder suficiente para destruir a Urabi.

Galad lanzó una risa ahogada.

—Ella no, pero yo sí —afirmó sonriente—. Me propongo reajustar la Orden del Fénix.

Desenvainó la espada y la contempló orgulloso: su acero era oscuro, con numerosas runas grabadas a fuego brillantes como lenguas de fuego.

Carlos quedó paralizado por el terror. Trató de abrir la puerta desesperado, pero Galad alzó la mano y la puerta se cerró como empujada por un viento invisible.

—El Rostro de la Muerte... —afirmó Galad mientras alzaba la espada contra Carlos.

Lanzó una estocada y Carlos la esquivó con dificultad, trastabillando con el mobiliario. Su enemigo caminaba alrededor suyo con un brillo demoníaco en la mirada.

—Fuisteis derrotado por Urabi, Luis y don Carlos de Toledo en el pasado, y volveréis a ser derrotado en el presente —gritó Carlos encolerizado—. ¡Eres un maldito, proscrito por los dioses!

—Los dioses hace tiempo que no se interesan por nuestros asuntos —replicó burlón Galad—. Aunque confieso que mi hermano contó con la diosa Fortuna para derrotar a Estriba. El poder de los infiernos lo había fortalecido lo suficiente para matar a Urabi con facilidad, pero aquella odiosa dryada se interpuso en su camino.

Carlos detuvo una nueva estocada y cayó de rodillas, superado por el impacto. Logró evitar un ataque traicionero, pero perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Se incorporó lo suficientemente rápido para evitar un nuevo mandoble de su enemigo. Contraatacó, pero descubrió sorprendido que Galad se había escurrido hasta su espalda. Cuando se giró para hacer frente al ataque, sintió la hoja ardiente de la espada que le penetró el estómago. Galad retrocedió y la espada comenzó a absorber la sangre del inmortal ávidamente. Carlos lanzó un grito desesperado. La herida le quemaba las entrañas y las devoraba con lentitud. Una mancha oscura se le había extendido por el pecho y apenas lograba respirar, como si le hubieran introducido en los pulmones miles de brasas al rojo vivo. Galad sonrió.

—Nunca pudisteis vencerme en combate, estúpido. Sois el más débil... y por eso mi hermano os desprecia y os odia. No entiende que la Orden del Fénix sea dirigida por un inmortal tan mediocre como vos.

Carlos se encogió de dolor y escupió un enorme charco de sangre.

—Vais a recibir el don que siempre anhelasteis, aunque vuestro dolor será mayor que el que pueda recibir mortal alguno. Puedo evitar los eternos sufrimientos que vais a padecer. Simplemente debéis decirme dónde se halla el pergamino que encontrasteis.

Carlos apretó los dientes y evitó aullar de dolor.

—Necesito ese pergamino para descubrir el lugar donde mi padre, Ilias, ocultó su espada. Con ella podré derrotar a Zoe.

Carlos giró el rostro hinchado y amoratado.

—Entiendo y respeto vuestra decisión. Disfrutad de la agonía de vuestra muerte, inmortal. Nos veremos en los infiernos, donde vuestra alma permanecerá apresada durante la eternidad.

Carlos se estremeció con violencia. El rostro se le contrajo por el dolor y las pupilas de los ojos se le oscurecieron. Galad abrió la ventana y desapareció en la oscuridad de la noche.

-----

Luis irrumpió en la habitación de Ruy acompañado por Teodosio. Informó apresuradamente que había llegado a la torre un criado con la noticia de la terrible enfermedad de Carlos. Acudieron a toda prisa hasta la ciudadela de Petrion y recorrieron sus largos pasillos hasta la alcoba donde yacía Carlos. Una enorme sombra oscura se había extendido a lo largo de todo su cuerpo, como una pústula infecta. Su cuerpo ardía y apenas respiraba. Ruy cerró la puerta de la habitación y se aproximó a la cama, junto a su viejo camarada.

—Mucho me temo que nos encontramos ante El Rostro de la Muerte —afirmó consternado.

Teodosio y Luis tomaron asiento en sendos taburetes cerca del lecho. Luis miró amenazante a Teodosio.

—Lo que vamos a relatar en esta habitación no debe trascender —comenzó—; los inmortales podemos morir de manera definitiva.

Teodosio observó el rostro preocupado de Ruy.

—Hace milenios, el más poderoso de nuestros herreros inmortales, padre de Helkias de Toledo, fabricó una espada a partir de un oscuro material encontrado en un profundo abismo. Era un material dúctil como el acero, aunque fue necesario fabricar una fragua en las entrañas del volcán Eirene, en la isla de Creta, para lograr domarlo. Solo Herron, padre de Helkias, poseía el poder suficiente para permanecer en la fragua durante el tiempo necesario para fabricar la espada. El resultado fue un arma terrible, capaz de atrapar el alma de los inmortales si era empuñada por alguien lo suficientemente poderoso. La llamaron El Rostro de la Muerte.

—Es difícil de creer —interrumpió Teodosio—. Pero es sabido que los inmortales no pueden morir por enfermedad ni por herida alguna, además de no poder crear descendencia. Siempre que sois derrotados, renacéis como un ave fénix...

—Y así es, en efecto —prosiguió Luis—. Pero la primera generación de inmortales, aquellos que lideraron el asedio de Lagash, se reprodujeron como los mortales. Algunos de sus hijos heredaron el poder inmortal de sus progenitores, pero los dioses temieron que su número aumentase de forma preocupante y no permitieron que se reprodujesen más. Aquellos descendientes que no heredaron el don de la inmortalidad prosiguieron con sus vidas como simples mortales, y unos pocos desarrollaron habilidades excepcionales, pero imposibles de comparar con las de los vampiros o inmortales. Pero el don se encontraba en su sangre y cada generación conservaba una tenue esperanza de desarrollar la inmortalidad. De esta manera, los inmortales fueron apareciendo poco a poco de manera impredecible, hasta que formamos la Orden del Fénix y heredamos el deber de nuestros ancestros de preservar el Equilibrio.

—Y estamos ante una herida causada por esa terrible espada —añadió Teodosio—. ¿Pero quién podría poseer el poder suficiente para blandirla?

—De aquellos inmortales que formaron la segunda generación han sobrevivido apenas media docena: Helkias de Toledo es el más poderoso, así como el maestro Xiao, más allá de los mares. Urabi pertenece a esta generación junto a su hermano gemelo Galad de Ukesh. Galad siempre fue el menos hábil de los hermanos. Durante las guerras contra los Ignobili, robó la espada y desertó, convirtiéndose en uno de los capitanes de los inmortales renegados.

—Y ahora ha resurgido —interrumpió Teodosio.

—Galad apareció en múltiples ocasiones durante el transcurso de la historia y siempre fue derrotado.

—Mi hermano es un ser muy poderoso —continuó Ruy—. Y maléfico. Es capaz de urdir los más sutiles planes para derrotarme. La última batalla fue terrible, y casi supuso la extinción de la Orden del Fénix, por lo que decidí abandonarla para protegerla. Una maldición me persigue y desconozco la manera de romperla. Nuestro padre utilizó su poder para evitar que las luchas entre nosotros nos destruyesen. Aunque Galad empuñase el arma más poderosa de la creación, jamás podrá utilizarla contra mí. Ni yo contra él.

—Y así fue como tejió la traición que supuso la caída de la Orden del Fénix —afirmó pensativo Teodosio—. Manipuló a los vampiros más influyentes de la cristiandad para derrotarte.

—La Guerra de las Sombras también es obra suya —dijo Luis.

Se aproximó a Carlos y le acarició el rostro amoratado.

—Teodosio, la mayor guerra surgida en nuestro reino de sombras es la provocada por los Ignobili. Nunca dudes de ello.

—Anoche quise explicárselo a Carlos, en el jardín de la Matriarca de la Noche — lamentó Ruy—. Pero no encontré las palabras adecuadas. Quise disculparme por un comportamiento difícil de comprender, mas creo que no lo conseguí.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Teodosio—. Comienza a amanecer, Ruy, debo marcharme. ¿Cuál será el siguiente paso a seguir?

—No debo permanecer mucho tiempo en Constantinopla. Galad me perseguirá, por lo que pondré en peligro a todos aquellos que me rodean. Debo investigar dos pistas importantes y luego me marcharé a Buda.

Ruy se incorporó y miró a Luis con gesto serio.

—Enhorabuena, Luis Álvarez de Montemayor. Ahora eres el maestro de la Orden del Fénix.

Luis abrió la boca tratando de interrumpir a su compañero, pero este alzó la mano para proseguir:

—La orden necesita un líder, y tú eres el más poderoso de aquellos que sobreviven, así que no tienes derecho a rehusar el puesto. Sabes que tienes a tu disposición tanto el Montsegur, la torre de la Muerte y las reservas de *Aqua Vitae* que se hallan en mi habitación. Cada solsticio de primavera, llegará un cargamento de ánforas de agua proveniente de Montpellier que debéis almacenar en mis aposentos.

Teodosio cerró la ventana y se dispuso a marcharse.

—En cuanto a ti, mi amigo Teodosio, necesito tus habilidades. Haz que tus hermanos registren el lugar donde encontramos este pergamino. Buscad a un vampiro llamado Merido de Salonica, que a buen seguro se hallará en la posada La Jarra Llena. Tiene que contestar algunas preguntas mías.

¿Qué te ha parecido lo que has leído hasta ahora?

Si te apetece seguir leyendo, puedes encontrar la novela en diferentes formatos: papel, Kindle, te dejo los enlaces a continuación:

Consíguelo en papel en mi web [aquí](#)

Consíguelo en Amazon (tapa blanda o Kindle) [aquí](#)

